

# CRÓNICAS SOCIALES

## Epílogos

### La conquista del oro

Terminado el imponderable derroche con que el Gobierno de este país creyó de su deber agasajar á los representantes del gobierno de El Salvador, en todos los pensamientos no oscurecidos por la fatalidad de un mentido destino manifiesto, ni corroídos por el orín de un interés oportunista, se alza como una esfinge esta interrogación abrumadora:

¿Serán esos sacrificios desdorosos los únicos frutos de la fraternidad política centroamericana que ahora se predica á son de copas y ruido de monedas?

Sin necesidad de ser profeta, pero ni siquiera adivino, bien puede responderse: sí. Y otros también más desgraciados para el pueblo pusilánime cuya incapacidad para la protesta lo unce al yugo del oprobio, mil veces más grosero y ultrajante que aquel que abate hasta la tierra la cerviz entristecida de los bueyes.

No bastará, no, que pasemos con sumisión desesperante por el bochorno de que nos vean los imparciales gastando en fiestas y aleluyas el oro mendigado á los prestamistas europeos, que siempre tienen un hacha que afilar en las espaldas de esmeril de estas naciones. Será también preciso que miremos más tarde—á medida que el programa de nuestros conquistadores vaya realizándose—correr por los campos que otro riego más fresco no tuvieron, la sangre enfermiza de sumisión de nuestros campesinos.

Sin lentes de recelo y aun sin la escasa luz de una preocupación, es tarea sencilla darse cuenta del por qué de lo que está pasando.

Enantes vivían los países de Centroamérica royendo su miseria política y enseñándose los dientes entre sí, puestos los ojos vigilantes en el renglón de

la frontera; y tal situación—asaz molesta é intranquilizadora—permitió sin embargo á los más cuerdos realizar calladamente su progreso y saborear sin aspavientos el embuste de su autonomía. Situación tan poco civilizada, no pareció correcta al entusiasmo paternal expansivo de que vino á adolecer en mala hora el disfrazado imperio norteamericano. De allí emanan nuestras profundas tristezas del presente y nuestras vicisitudes políticas del porvenir.

Promulgados por imposición del águila rapante del norte los tratados de Washington, y por aceptación medrosa é interesada á la vez de los gobiernos signatarios, la vida oficial de estas nacionalidades quedó de hecho circunscrita al molde diplomático de la becarrería dorada que es la violencia feudal del porvenir.

Y así vamos danzando entre el círculo de aquellas convenciones, obligados al más indecoroso derroche como ejercicio de desgaste impuesto á nuestras fuerzas por quien aguarda arteramente para aniquilarnos *con decencia*, el instante ya cercano de nuestra laxitud.

En medio de todo, es curioso oír la candorosidad con que la Prensa de aquí pregona el florecimiento autónomo de nuestro país, y se duele casi sinceramente de que en Cuba, en Nicaragua, en Panamá y en Honduras—países de cera menos blanda que la nuestra—el garrote del yankee esté campando con proditorio desenfado. Si los que con tal licor de optimismo pretenden embriagar los centinelas de su conciencia, recostaran su dialéctica un minuto sobre el regazo del raciocinio, forzosamente llegarían á establecer que no tenemos por qué vanagloriarnos de un simple detalle que á lo sumo comprobaría tristemente lo innecesario de la violencia para con nosotros.